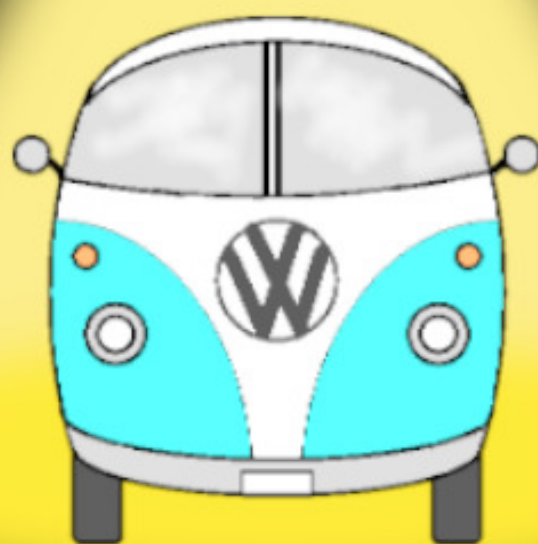


La memoria sumergida



Juan José Tapia Urbano

La memoria sumergida

Juan José Tapia Urbano

Segunda edición: julio de 2014

© 2014, Juan José Tapia Urbano, de la presente obra

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright.

Acerca del autor

Juan José Tapia (Nueva Carteya, Córdoba, 1975) es ingeniero industrial, y cursó estudios en el Conservatorio Superior de Música de Sevilla.

Comenzó a escribir en 2004, pasando rápidamente de los relatos cortos a la novela, por la posibilidad que ofrecen para desarrollar en ellas sus historias con mayor libertad.

Gusta de aventurarse en distintos géneros, si bien siente predilección por la ciencia ficción.

Ha publicado relatos en varias antologías, y con esta, son cinco sus novelas que han visto la luz:

Enarmonía

El tercer final (*Galeonbooks*)

Cota diecinueve (*Galeonbooks*)

La memoria sumergida

Los sueños de Terpsícore

Blog <http://jjtapia.blogspot.com.es/>

Correo jjtapia75@gmail.com

Twitter [@JuanJoseTapia75](https://twitter.com/JuanJoseTapia75)

Facebook <http://www.facebook.com/juanjose.tapia.98>

Acerca de la obra

El 15 de diciembre de 2011 concluí *La memoria sumergida*, que en orden cronológico ocupa el puesto once dentro de mi producción novelística.

Fue seleccionada entre las cuatro finalistas del I Certamen Digital de Narrativa y Poesía DOPAMINA, organizado por DOPAMINA Ediciones. Finalmente sería publicada por esta editorial en abril de 2013, en formato digital.

El mundo editorial es complejo, y resulta difícil hacerse un sitio para los recién llegados. A día de hoy desconozco cuál ha sido la suerte de DOPAMINA Ediciones, si ha desaparecido definitivamente, o si por el contrario sigue adelante, y esto es así porque me ha resultado imposible contactar con ellos.

Llegados a este punto, y con el objeto de dar una nueva oportunidad a esta novela corta, tomo la decisión de proceder a su reedición por mis propios medios, una vez recuperados todos los derechos sobre la obra.

La vida de un escrito puede ser azarosa, y su camino hasta el lector venir plagado de contratiempos, pero si existe la voluntad de seguir adelante, nada podrá evitar que unos ojos ávidos por conocer nuevas historias recorran sus párrafos.

Índice

<u>I</u>	7
<u>II</u>	11
<u>III</u>	20
<u>IV</u>	26
<u>V</u>	38
<u>VI</u>	48
<u>VII</u>	59
<u>VIII</u>	69
<u>IX</u>	74
<u>X</u>	93
<u>XI</u>	103
<u>XII</u>	115
<u>XIII</u>	123
<u>XIV</u>	134
<u>XV</u>	143
<u>XVI</u>	154

I

El anciano observaba las piedras que conformaban la fachada de la casa frente a la que se hallaba sentado, preguntándose si serían tan viejas como parecían, o eran sus cansados ojos los que les conferían su vetusta apariencia. Finalmente llegó a la conclusión de que debía tratarse de una combinación de ambos factores, que unidos a la quietud que se respiraba en aquel pequeño pueblo, llevaban a pensar que aquellas piedras siempre habían estado allí, antes incluso de que alguien hubiese tenido la ocurrencia de emplearlas en la construcción de una casona.

El hombre no era consciente de que su presencia junto a aquellas rústicas construcciones confería a éstas una juventud que sólo podía provenir de la comparación con sus largos años vividos. Las arrugas que surcaban su rostro competían en profundidad con las hendiduras que la insistente lluvia había producido en unas edificaciones, que servían de marco a la pintoresca estampa que conformaba la peculiar comisión de bienvenida de un pueblo que de casualidad aparecía en los mapas de carreteras.

El hombre que cubría su calva con una boina de color oscuro giró la cabeza en dirección a la única vía de acceso a la localidad, junto a la que se hallaba apostado, no porque tuviese la esperanza de ser el

primero en conocer de la llegada de algún forastero, si no porque era el mismo lugar donde se había sentado siempre, y no tenía ningún buen motivo para mudar sus costumbres. El sonido que había llamado su atención fue creciendo en intensidad, señal inequívoca de que la fuente que lo generaba se estaba acercando. Aunque los años se habían esforzado por mermar su capacidad auditiva, aún era capaz de distinguir el sonido de un motor dentro de un entorno, silencioso por naturaleza, que ya formaba parte de su propio ser.

No tardó en aparecer, doblando el último recodo de la carretera, una furgoneta que por su aspecto debía haber abandonado el concesionario no hacía mucho, pues el sol se reflejaba sobre su carrocería como si las inclemencias del tiempo nunca hubiesen tenido la ocasión de hacer mella sobre su superficie. El vehículo no se aventuró a adentrarse en la población, deteniéndose tan sólo unos metros más allá del cartel que indicaba su nombre, Minas Rojas.

Transcurrieron unos segundos antes de que la puerta del conductor se abriera, dejando paso a un hombre vestido con un elegante traje gris, adornado con una corbata de tono azulado que terminaba de conferirle la apariencia de un hombre de negocios, o en el peor de los casos, de un agente comercial. Al anciano que observaba la escena pacientemente le resultaba difícil la tarea de asignarle una edad, dado

que para él, todo aquel que no hubiese llegado a los cuarenta era poco menos que un adolescente, pues sus cerca de noventa años distorsionaban su percepción del paso del tiempo. En cualquier caso, era evidente que el joven no había alcanzado aún las tres décadas de vida, algo a lo que apuntaban sus cabellos, que para haber estado acordes a su vestimenta, deberían haber sido domados por el peine de un modo más enérgico.

El recién llegado hizo un escorzo para extraer algo del interior del vehículo, sacando a la luz un portafolio y una tableta electrónica que el único testigo de sus evoluciones no supo identificar, dado que a él, la evolución de la técnica había dejado de interesarle con la invención de la televisión en color. El joven se detuvo un momento a consultar su reloj, tras lo cual se aprestó a dirigir sus pasos hacia su único posible interlocutor, no sin antes haberse asegurado de que la furgoneta quedaba cerrada con un doble destello de sus intermitentes.

—Buenos días —saludó al anciano, que no le quitaba ojo de encima, toda vez que era la única atracción en un lugar donde nunca solía pasar nada—. ¿No hace un poco de fresco para estar ahí sentado, al relente? —No obtuvo más respuesta que el silencio—. Sí, bueno, supongo que con los años uno se acostumbra a todo, incluso a este clima... Perdone que lo moleste pero, ¿podría indicarme si la señora

Juliana Pardo vive en esa casa? —preguntó tras consultar su tableta, señalando en dirección a la casa situada al otro lado de la calle.

Ya estaba por creer que volvería a recibir la nada por respuesta, cuando el viejo se avino a contestarle sin entrar en demasiados detalles, haciendo un ligero movimiento con su bastón, que debía ser interpretado como una indicación.

—Ahí mismo.

El joven se preguntó si aquella respuesta debía considerarse merecedora de recibir un “gracias” como contrapartida, o si por el contrario no alcanzaba el mínimo exigible para optar a semejante reconocimiento. En cualquier caso, estaba seguro de que nadie consideraría que aquel breve intercambio de frases alcanzaba el nivel requerido para denominarse conversación.

Mientras el joven se disponía a llamar a la puerta del domicilio de la mujer a la que había ido a ver, por la cabeza del anciano pasaba un pensamiento que le hacía sentirse intranquilo. Acostumbrado como estaba a la monotonía de la vida en aquel pueblo, no le gustaban los cambios, y algo le decía que la llegada de aquel joven habría de trastocar la existencia de sus vecinos, y la suya propia.

II

—Hijo, ¿y dices que no eres de los muertos?

—Puede llamarme Rubén, señora, y no, puedo asegurarle que no represento a ningún seguro de decesos.

Aunque aquella mujer debía ser al menos diez años menor que el anciano al que ya había tenido la ocasión de conocer, sus oscuras vestimentas, y el aspecto general de su hogar, más propio del siglo XIX que de los tiempos que corrían, hacían posible que surgiera la duda. Al visitante le pareció cómico que pudieran tomarle por un vendedor de seguros de defunción, pero supuso que a determinadas edades, ciertas cosas pueden verse con una naturalidad que a los jóvenes puede llegar a sorprenderles, por desacostumbradas.

Rubén se encontraba sentado frente a la anciana mujer, con una mesa camilla separándoles, y un plato con tortitas caseras entre ambos, que le hacían echar en falta un buen vaso de leche caliente donde mojarlas. Sólo contaba con que no se esperase de él que las comiese así, secas como estaban, pues

imaginaba el modo en que terminarían pegadas a su paladar, y la sola idea se le antojaba poco apetecible.

Habría deseado que aquella mujer hubiese tenido a bien encender la luz, pero al parecer, ella se contentaba con la tenue luz que se filtraba a través de los visillos que cubrían las ventanas que daban a la calle. Aquella situación no ayudaba a menguar la sensación de tristeza que transmitía todo el entorno. Las fotos en blanco y negro que adornaban los muebles de madera oscura no hacían por aportar una dosis de alegría a la decoración, más bien lo opuesto.

Rubén imaginó que el hombre que protagonizaba buena parte de los retratos debía ser el difunto esposo de aquella señora, aunque prefirió no preguntar, pues su interés por el particular no llegaba hasta ese extremo. No quería ni imaginar las historias que podría llegar a relatarle en caso de darle pie con una simple pregunta de ese tipo, y no le apetecía ponerla a prueba.

—Pues tú dirás qué quieres de mí, porque por aquí, los únicos que pasan así, trajeados, son esos muchachos de los muertos. Y mira que les digo que yo no quiero apuntarme a esas cosas, que cuando me llegue el momento, que hagan conmigo lo que quieran, que el Señor ya se habrá llevado mi alma a su seno, pero cada estación vuelven a aparecer por aquí. A mí me dan pena, ¿sabes?, y la verdad es que alguna

vez he estado a punto de apuntarme para no hacerles un feo, pero luego me digo que si lo hago, ¿qué voy a decirle al siguiente que venga? No puedo apuntarme con todos, ¿no te parece?

—Desde luego, señora. Si quiere que le dé mi humilde opinión, pienso que hace usted lo correcto. En todo caso, le puedo asegurar que aquello de lo que he venido a hablarle tiene poco que ver con ese producto. Esos comerciales le ofrecen algo que no podrá disfrutar en vida, al contrario que yo, que le traigo precisamente la oportunidad de su vida —“o lo que queda de ella”, pensó—. Le ofrezco la ocasión de tener un futuro envidiable, de poder disfrutar en su vejez de aquello que tal vez echó de menos cuando era joven.

—Cuenta, cuenta, que me tienes en ascuas.

Rubén tuvo la impresión de que por un momento se encontraba frente a una jovencita ilusionada, pues había conseguido ganarse toda la atención de Juliana con unas promesas que aún no había fundamentado en nada concreto. Le pareció que tenía la mejor audiencia que podría imaginar, receptiva como pocas. Además, sabía que nadie habría pasado por allí antes con una oferta de características similares —ni siquiera comparables— a la que él ofrecía, por lo que no podría ocurrirle lo mismo que a todos esos comerciales que lo habían precedido.

—Lo que pretendo plantearle es muy sencillo —comenzó a explicarle Rubén, acercándose ligeramente a ella para ganar en complicidad, como si lo que se disponía a revelarles fuese un secreto inconfesable—: se trata de una inversión económica sin ningún tipo de riesgo, totalmente asegurada, y con una rentabilidad del mil por ciento; esto es, que por cada euro que usted decida aportar, recibirá diez a cambio. Supongo que nunca habrá oído hablar de nada semejante, ¿me equivoco?

—Te voy a decir la verdad, hijo —dijo la anciana un tanto desilusionada—, yo nunca he estado muy puesta en eso de los números y las cuentas. Todo lo que no puedo ajustar usando los dedos es como si no existiera para mí. A veces escucho en la tele que hablan de no sé cuántos millones, que si patatín, que si patatán, que si el banquero este es un ladrón, que si el político de tal partido ha hecho un chanchullo, pero yo no me entero de nada. Como tampoco voto, me da igual. Mi Ramón, que en paz descansa, era el que manejaba los cuartos en esta casa. Además, a estas alturas, no sé para qué puedo querer yo ese dinero del que me hablas.

—Si no es por el dinero, puede ser por la seguridad, pues esa es la otra parte que aún no le he contado: no se trata sólo de ganar dinero, si no de formar parte de un grupo de elegidos.

—¿Elegidos por quién? ¿Y para qué? Como ya te he dicho, yo nunca he ido a eso de los votos y las urnas que cuentan por ahí. Porque digo yo: si toda la vida de Dios nos ha ido bien sin esas modernuras, ¿para qué vamos a ir inventando ahora? Antes llegaba la autoridad y decía: éste va a ser el señor alcalde, y a todos nos parecía bien; y si no, uno se callaba y santas pascuas. Ahora no, ahora tienen que dar sus discursos, ir de aquí para allá con sus altavoces, molestando a todos los vecinos, y al final para que siempre acabe mandando el mismo.

A la vista del modo en que aquella mujer comenzaba a divagar, Rubén entendió llegado el momento de poner las cartas boca arriba, y dejar los circunloquios a un lado.

—Le voy a ser totalmente sincero: represento a una civilización alienígena, con miles de años de adelanto respecto a nosotros, que está pronta a iniciar la invasión de este planeta. —Dejó transcurrir unos segundos, esperando cualquier posible reacción por parte de la mujer, pero ésta se limitó a pestañear, como si necesitase comprobar si se encontraba despierta—. Formo parte de la cabeza de puente, de aquellos que habrán de preparar el terreno antes de su llegada.

—¿Me estás diciendo que eres un marciano de esos que salen en la tele? —La incredulidad hablaba a través de los labios de Juliana.

—¡No, qué va, ni mucho menos! Yo soy humano, como usted. Sencillamente he sido elegido como integrante de un grupo de apoyo, previo a la llegada de estos seres de origen extraterrestre de los que le hablo. El tema está en que, como sucede con todo en nuestra sociedad, estos grupos de apoyo que le he mencionado necesitan dinero para sus operaciones, motivo por el cual he sido enviado con esta oferta única hasta esta población. Mi misión no es otra que encontrar personas dispuestas a colaborar económicamente con la causa que represento, realizando aquellas aportaciones que consideren oportunas. Con este dinero, los grupos infiltrados allanarán el camino, realizando acciones necesarias de logística, para que la invasión pueda llevarse a cabo del modo menos traumático para la población indígena, la humanidad en este caso.

—Pero... bueno, esto que me estás contando es un poco raro, ¿tú estás seguro de que estás bien? ¿No te habrá dado el sol más de la cuenta?

—Puedo asegurarle que me encuentro perfectamente, y todo cuanto le digo es cierto. Supongo que ahora entenderá el por qué de esa alta rentabilidad que le estoy ofreciendo. Imagínese,

cuando esta civilización alienígena domine la Tierra, todo lo que hay en ella les pertenecerá, por lo que podrán responder de esos pagos sin ningún problema. De hecho, estoy autorizado a incrementar el porcentaje, llegando incluso un poco más alto, si usted lo considera necesario para dar el paso. Podemos decir que se me ha dotado de cierto margen de maniobra para la negociación.

Rubén quedó a la espera de obtener una respuesta, mientras Juliana parecía estar dándole vueltas a una idea en su cabeza.

—¿Y qué me dices de mi pensión, qué le pasaría a mi pensión si diese dinero para eso que dices?

Rubén quedó gratamente sorprendido de que aquella mujer comenzase a tomarse en serio la posibilidad de inversión que le había ofrecido. No era habitual que le prestasen atención con tal celeridad, dejando de mirarle como a un loco, algo que de todos modos, ella no había dejado de hacer.

—Piense tan sólo que cuando la invasión sea un hecho, y el dominio extraterrestre sobre la Tierra se certifique, no habrá pensiones para nadie. El mundo, y la sociedad tal como la conocemos, jamás volverán a ser los mismos. Eso sí, aquellos que hayan colaborado con sus aportes de tipo económico, recibirán un trato especial, y formarán parte de una nueva casta de privilegiados, mientras que aquellos que prestaron

oídos sordos a este llamamiento serán subyugados por sus nuevos amos. Piense en los privilegios que una inversión de estas características puede proporcionarle.

—¿Y mis medicinas, qué pasará con mis medicinas? ¿Seguirán siendo gratuitas para los pensionistas, o nos van a cobrar un euro por receta? Te lo digo porque yo me tengo que tomar las píldoras para la tensión, otra para el colesterol, las de la artritis, y... bueno, creo que había otras, lo que pasa es que se me ha olvidado para qué eran, aunque no creas que he dejado de tomarlas. Un día de estos tengo que preguntarle a Carmen, la chica de la botica, para qué eran las inyecciones esas que me pone. Seguro que ella lo sabe.

El joven la escuchaba sin salir de su asombro, aunque algo le dijo que no sería la última vez que oyese algo similar durante aquella conversación. Cuando la mujer hubo terminado de hablar, él tomó la palabra:

—Me alegra que me pregunte acerca del tema de la salud, pues me da pie a comentarle que con la llegada de mis representados, el sistema de seguridad social que hemos conocido se extinguirá por completo, como un mal recuerdo. No obstante, los colaboradores con la causa no habrán de temer nada,

pues gracias a la avanzada ciencia alienígena, jamás volverán a enfermar.

Rubén tuvo la impresión de que con sus últimas palabras acababa de ganarse a aquella mujer. Extrajo unos papeles de su portafolio, y los puso sobre la mesa.

—Y ahora, ¿qué le parece si le echamos un vistazo al papeleo?